HISPANOAMERICA A TRAVES DE SUS NOVELAS

IFIGENIA, O EL HECHIZO DE EUROPA

POR

JOSE ANTONIO GALAOS

Al igual que su vida, la obra de Teresa de la Parra está repartida entre la incitación del Viejo Mundo y la inspiración indestructible del Nuevo, el suyo. Ambas, vida y obra, corren parejas en una tal proporción cual se da en muy pocos escritores y que en su caso particular hace difícil comprender la una sin haber antes analizado la otra.

Hija Teresa de una acaudalada y aristocrática familia caraqueña, nació en París el 5 de octubre de 1890, aunque muy pronto fué llevada a Caracas. A los siete años está de nuevo en Europa, en España, a fin de poder recibir una más esmerada educación. En 1922, otra vez de vuelta a su patria, tomó parte en los Juegos Florales de Ciudad Bolívar, donde su cuento *La mamá* obtuvo premio extraordinario. Este relato es un fragmento de su novela *Ifigenia,* cuya composición traía entonces entre manos y con la que poco después, en 1924, al obtener con ella el «Primer premio de autores americanos en París», consiguió de golpe la fama continental y parisiense. En 1926 publica su segunda y última novela: *Memorias de Mamá Blanca.* Son éstos los años felices, brillantes, de Teresa de la Parra. Rodeada de la admiración que despierta su talento y su belleza, vive en París esa vida por la que tan ardientemente había suspirado su *Ifigenia,* vida elegante y refinada que se desenvuelve, sobre todo, en torno a esas eruditas, ingeniosas y con frecuencia sofisticadas conversaciones de salón, a que tan dados eran los literatos de la época. Y aparte del escritor y diplomático ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide, con el que mantiene relaciones amorosas, giran en torno a ella otros muchos escritores y artistas conocidos, americanos y parisienses. En 1927, en compañía de varios periodistas franceses, visita La Habana, visita que repite tres años después, incluyendo en esta ocasión a Bolivia, en cuya capital, Sucre, comienza un libro sobre Bolívar que no llega a terminar. Teresa de la Parra había descubierto en el Libertador una faceta hasta entonces postergada: la de amante, la de hombre. Ha de abandonar su obra con tanto cariño emprendida porque en 1931, de nuevo en Francia, se manifiesta en toda su intensidad la enfermedad que durante toda su corta vida le anduvo rondando: la tuberculosis. Se instala en un

sanatorio de Suiza, donde se aburre leyendo *La montaña mágica,* de Thomas Mann. Viene a morir a Madrid en 1936.

Habrá podido apreciarse a través de estos esquemáticos datos cómo su vida oscila entre Europa y América con una regularidad que recuerda la exactitud con que en las repúblicas americanas las épocas democráticas y liberales suceden a las dictatoriales. En su obra literaria sucede otro tanto.

Su novela *Ifigenia* lleva el curioso subtítulo de *Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba.* Por de pronto conviene hacer notar que este «se fastidiaba» se refiere a la vida de la protagonista, María Eugenia Alonso, en Caracas. (Asimismo conviene no olvidar el carácter autobiográfico de la novela.) El principal motivo de su fastidio es el contraste con Europa y, en particular, con París, ciudad que la supuesta María Eugenia acababa justamente de abandonar cuando le hicieron internarse en el hasta entonces para ella desconocido y sublimado mundo caraqueño. La primera desilusión llega con la vista del puerto de La Guayra. Pero mayor fué todavía la decepción al enfrentarse con la Caracas de su niñez. Pero dejemos hablar a la propia autora:

«... Yo miraba el sucederse de las calles y me preguntaba: pero ¿cuándo entraremos por fin en la ciudad? Tras de mí, tío Pancho adivinó al momento mi pregunta, porque advirtió de su cuenta, sin que yo nada hubiese dicho:

—Este es ya el centro de Caracas, María Eugenia.

¿El centro de Caracas?... ¡El centro de Caracas!... Y entonces..., ¿qué se habían hecho de las calles de mi infancia, aquellas calles tan anchas, tan largas, tan elegantes y tiradas a cordel? ¡Ah!, Cristina, ¡qué intactos habían vivido siempre en mi recuerdo, y qué cruelmente los desfiguraba de pronto la malvada, la infame evidencia!...» Y tras el contacto material con la ciudad llega el conocimiento de las personas con las que ha de convivir. Aquí, salvo el caso del paradójico y parisiense tío Pancho y sus amistades, la aversión fué todavía mayor. Estas gentes son todo lo opuesto a la refinada sociedad que acaba de abandonar; es, con todas sus virtudes, pero especialmente con todos sus defectos, lo que ahora compendiamos en la expresión «sociedad provinciana»: chismes, prejuicios, ignorancia, inhibiciones... Al fin, María Eugenia, nueva Ifigenia, será sacrificada en aras de esta religión social.

La primera persona con la que se cruza es con tío Eduardo; ya desde el primer momento lo juzga «feo, desairado y mal vestido», además de «accionar hacia adentro, tener bigotes lacios y hablar por

la nariz». Poco después tendrá ocasión de conocer sus cualidades morales, el enorme cinismo suyo de hacerse agradecer, como recibido de limosna, el pan que ella come, cuando en realidad debía ser la legítima propietaria de la hacienda que él, muy legalmente, le ha robado. Casi seguidamente conocerá a su tía María Antonia, una mujer obsesionada por la «moral en general y, sobre todo, por esa moral delicada y sutil que se expone y peligra a todas horas adherida a la conducta de las mujeres bonitas»; mujer poseída, además, «por lo que el vulgo llama envidia negra, muy limpia, muy brillante, ¡muy bien embetunada!». Por servir a estas dos fuerzas que la dominan, tía María Antonia no dudará en emplear toda su astucia en desbaratar la gran pasión amorosa de su sobrina, con lo que, además de frustrar su felicidad, le impide alcanzar ese otro mundo entrevisto durante su breve estancia en París y tan deseado, y la relega definitivamente a este otro opresivo, que detesta. Pero la tía, ufana del resultado, se siente orgullosa de haber obrado «irreprochablemente».

Tras el conocimiento del tío y su esposa, llega el de los primos, «el arreo donde todos los burros pasan rebuznando al mismo tiempo», según la frase del mordaz y elegante tío Pancho, y que, traducida al lenguaje de lo cotidiano, quiere decir que, durante el curso de una conversación, su ingenio no iba más allá que a repetir, en ordenado y crispante mimetismo, la exclamación estúpida que cualquiera de ellos había sido el primero en expresar. Más humana y tratable que la familia de tío Eduardo resultaba la abuelita, no obstante sus manías y su incondicional entrega a la «religión familiar», cuyo dios en este caso era su hijo, tío Eduardo. Con la abuelita vivía tía Clara, que en el fondo era buena persona y hasta abnegada, aunque difícil de tratar: estaba estropeada por sus manías morales y el resentimiento de su felicidad truncada; odiando las convenciones que la habían hecho desgraciada, diríase que sentía una morbosa voluptuosidad en someterse a ellas y en obligar a los demás a cumplirlas.

En el polo opuesto está tío Pancho y sus amistades, Mercedes Galindo y Gabriel Olmedo, el símbolo de esa otra modalidad de vida europea, tan detestada por el otro bando. María Eugenia, al entrar a formar parte de la sociedad caraqueña, lo primero que tiene ocasión de comprobar es el antagonismo entre lo que, parodiando la expresión milenaria, podríamos llamar «dos ciudades». Es, sobre todo, la familia de tío Eduardo, que posee una maniática e injustificable aversión hacia la capital de Europa, centro, según ellos, de toda maldad imaginable. La reacción de María Eugenia, conocedora personalmente de París, es de gracioso asombro: «Intrigada y llena de curiosidad yo

me quedé un gran rato con la mirada fija sobre un pedazo de pan, evocando, uno tras de otro, los bulevares de París, a fin de poder contemplar aquellos horrores con la imaginación, ya que no podía con los ojos. Pero no lograba recordar ninguno.»

Con la entrada en acción de la refinada Mercedes Galindo y su amigo Gabriel Olmedo, de quien María Eugenia no tarda en enamorarse, tenemos ya delimitados los dos campos. Todo el resto de la novela no será ya sino la lucha soterrada, no siempre bien disimulada, entre ambos bandos, que se disputan la posesión de la joven María Eugenia; es mejor la lucha que ésta entabla contra el ambiente familiar que la oprime para zafarse de él y pasarse al bando opuesto. Ya he aludido al final: por razones complejas, entre las cuales la presión económica y el cariño a la abuelita son quizá las más importantes, renuncia a Gabriel y acepta el matrimonio de un antipático ricachón, convencional y estúpido, al que no ama ni podrá nunca amar.

No obstante la gran fuerza de la novela como testimonio social, esta faceta queda casi del todo difuminada cuando, sobrepasado el marco externo de la obra, se adentra uno en ella con los ojos inmensamente abiertos por el asombro para no ver y palpar sino la auténtica medula del libro: una sincera, increíblemente sincera, confesión de mujer. Cuando se ha llegado a comprender esto ya no importan ni París, ni Caracas, ni tío Eduardo y su familia, ni Gabriel Olmedo y cuanto él representa; todo, absolutamente todo, no pasa entonces de ser un pretexto para que la protagonista se nos vaya revelando en su variada, paradójica, compleja sencillez. Es éste, a mi ver, el valor más importante del libro. Uslar Pietri, gran novelista venezolano, ha escrito a este propósito: María Eugenia «comienza a escribir confesándose. Con un suelto ritmo de conversación pudorosa. Hace por escrito, y con la misma gracia, lo que han hecho de palabra sus mayores: murmurar. Se fastidia y murmura. Teje su propia vida, los rostros que la rodean y la circunstancia en un fino matiz de maledicencia. Este ha sido siempre un gran arte de la criolla»; y de toda mujer: muy femenino.

El subtítulo de *Ifigenia* es *Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba.* Este, que en un principio era el título original de la obra, revela ya el carácter de confesión con que fué escrita. Por consejo del crítico francés Francis de Miomandre, lo cambió por el de *Ifigenia,* y para justificarlo le añadió la «estorbosa, innecesaria y declamatoria parte final» (Uslar Pietri). Este nuevo título de *Ifigenia* lleva implícito su condición de alegato social, y, sin embargo, el mismo Francis de Miomandre no pudo definir la obra sino como «una con-

fesión para una sociedad escogida». Según esta nueva interpretación de la obra puede afirmarse que, más que una lucha por zafarse a la repulsiva sociedad que le cercaba, lo hace por vencer el «cruel, el perseverante, el malvado, el asesino fastidio».

Casi carece de sentido intentar explicar el contradictorio carácter de María Eugenia. Más bien conviene aceptarlo tal cual es: sencillamente, una mujer como hay muchas. El mérito literario no consiste en dotar al héroe o heroína de tales o cuales caracteres o pasiones, sino en conseguir un personaje que responda a una auténtica, entrañable realidad, sea ésta cual fuere. María Eugenia, en su modo peculiar, es uno de esos caracteres perfectamente logrados; lo de menos son los rasgos exteriores que podrían definirla; lo que cuenta es su trémula, vívida realidad. Esto último yo no lo puedo comunicar a través de estas páginas; tan sólo puede ser percibido en la lectura del texto. Son seiscientas largas páginas de apretada lectura, pero debo decir que pocas novelas han podido con tal fuerza arrastrarme que me hayan hecho por completo olvidar el cansancio físico de la prolongada lectura, como me sucedió con esta novela de Teresa de la Parra. Y más que intrigado por el desarrollo de la trama, ya de por sí apasionante, me hallaba suspenso por la sensación profunda de bucear en la intimidad de un alma. Una especie de chismorreo metafísico. Se ha dicho de *Ifigenia* que es una truncada *A la recherché du temps perdu* tropical. En cierto sentido es exacto: truncada, porque la materia que maneja Teresa de la Parra es más exigua que la del escritor francés; es, sin embargo, más soportable y, en muchos análisis, más sutil. Al igual que Proust, su obra, en gran medida autobiográfica, es un esfuerzo por recuperar el «tiempo perdido» y por llenar esas largas horas de sanatorio durante las cuales siente agudamente el escozor del fastidio.

Ifigenia es completada por esa deliciosa agrupación de relatos que lleva por nombre *Memorias de Mamá Blanca.* Es una nueva visión del mundo criollo, esta vez más sosegada y carente de ese agudo criticismo de la novela anterior, más amorosa, más espiritual, más irreal. De esta breve novela, que podría igualmente ser una encantadora comedia de una *belle époque* campestre, han sido desterrados los personajes antipáticos, necios o malvados. Todos, el Papá y la Mamá con sus seis hijitos, el resignado primo Juancho, el travieso y pintoresco Vicente Cochocho, hasta la institutriz inglesa y las mismas vacas, poseen un hondo matiz de irreal simpatía que, aun cuando alejados de nosotros, no podemos menos de fraternizar con sus espíritus. Es *Memorias de Mamá Blanca* uno de los relatos más bellos que hayan

sido escritos sobre la niñez y el campo. Posee, eso sí, la limitación inherente a toda obra donde predomine la fantasía: la realidad aparece mutilada. Esto, más que un defecto, es uno de tantos modos de hacer buena literatura, agradable siempre y cuando no se abuse de ella.

La huella de Teresa de la Parra dentro de las letras americanas ha sido decisiva. Fué ella la primera en descubrir en la mujer criolla una profundidad que va más allá de las violentas, turbias pasiones, y quien introdujo en su tierra el refinado *esprit* parisiense y la morosidad psicológica, en la que es maestra. Conseguir esto para una apática sociedad tropical es algo que de por sí solo, aparte de indiscutibles valores personales, merece un profundo respeto.

José Antonio Galaos
Porvenir, 5
MADRID